

JUAN MISERIA

POR

JAIME DE SANTA-CILIA

(Continuación.)

Habíamos dicho que el comandante Canido no se preocupaba en dirigir sus tiros á las clases de tropa, y dijimos mal. Había un individuo contra quien tenía algo que murmurar: Juan Villegas. Desde el momento en que, ya casado, se le concedió permiso para pernoctar fuera del cuartel, el comandante Canido no cesaba de repetir, pero siempre á espaldas de Mendoza y Medina:

—Yo no estoy por ese sistema de dar así á las clases esos permisos perjudiciales para el servicio; luego, yo del coronel, tampoco le hubiera consentido eso de tener la especie de tenducho ó cantina, porque es perjudicial también para la subordinación y disciplina; y si no, vayan á ver la frecuencia con que entran y salen soldados á las horas de paseo.

Estas cosas, ó dentro de casa, ó de ninguna manera, francamente.

¿Era consecuencia de la antipatía á Medina, de quien le constaba ser el protector de Villegas? ¿Era odio encubierto á Mendoza, que sostenía al capitán y su protegido? ¿Era otra causa? No lo podemos adivinar.

Un rumor sordo, que iba en aumento, semejante al de los torrentes que engrosados poco á poco salvan los obstáculos de la tierra con imponente é irresistible fuerza, se extendía de uno á otro individuo de la oficialidad del regimiento de Gravelinas. Decíase que el coronel Lanzarote, sentando como base un dicho, no original, sino copiado de muy antiguo: «Hacer temblar á los hombres y ser galante y audaz con las mujeres», solterón poseído de sí mismo, en posición relativamente elevada, protegido y sin freno, empezaba á contar en la historia de su vida privada, sucesos en que andaba al traste la honra, no ya en elemento extraño, sino dentro de la misma familia militar.

En el fondo del cuarto de banderas, en los círculos de café, se daba pábulo en voz baja á la maledicencia; se designaban por fin nombres, la del teniente A... y la del capitán B... cuyos maridos coincidencia rara! se hallaban ocupados en comisiones exteriores del servicio; algunos maldicientes agregaban que había su concierto de celos y aun sus amagos de tragedia femenil. Luego, durante algunos días, cesaban los comentarios, para volver á empezar.

Y la noticia de tales nuevas indignaba, no por el hecho en sí mismo, que necio fuera, porque en el mundo sabido es que existen hombres y mujeres, aquéllos audaces y éstas casquivanas, y tales historias son frecuentes y vulgares, sino porque la imprudencia de las faltas quería ocultarse bajo la capa de la rigidez, salvo cuando se pudiera tropezar con algún ofendido que, fiero y airado, estuviera en circunstancias de exigir reparación. Había allí jóvenes alegres y revoltosos oficiales; y, sin embargo, ni nunca hubieran osado llegar á tanto, ni ante su criterio dejaban de ser los hechos culpables, porque la jerarquía y la posición social, colocan muchas veces en el imprescindible deber de ser la luz moral á los subordinados, y no lo disculpa ni aun la circunstancia de colocarse al nivel de los inferiores, cuanto menos tratando de mantener enhiesta la jerarquía social; y no sirve decir que estos son detalles de la vida privada, porque con la savia de ella se nutren las raíces de la vida pública del hombre.

VI

Tiempo hacía, aunque no muy lejano, que notaba Medina, que aquella sorda inquina de Canido había se transmitido al coronel; parecíale observar que este último deseaba establecer distancia, y aun completo alejamiento, del capitán; pero no hallando motivos en su

conducta para tales procedimientos, Medina se devanaba los sesos por adivinar la intención.

Afortunada ó desgraciadamente para el coronel, ó para Medina, éste cayó enfermo con fiebres intermitentes, reminiscencias, sin duda, de los tiempos de su vida allá en los trópicos, casi al empezar la segunda decena de Febrero..., y así transcurrió el tiempo en todo lo que seguía corriendo de mes.

Mucho le extrañaba que Juan Villegas no apareciera por su casa, pues apenas habíale visto durante gran lapso de tiempo, sino alguna que otra vez en actos oficiales del cuartel; pero no hubo lugar á formar mal concepto del cabo, porque hacía fines de mes, casi cuando Medina se hallaba en convalecencia, vió entrar por la puerta de su habitación.

—No he sabido que estuviera usted enfermo, le dijo,

Al oír este nombre, Medina frunció las cejas.

—Además, parece que se hace negocio en la tienda. Ello es lo cierto que hemos tenido para vivir bien en este tiempo, y últimamente, con las ganancias, para arreglar mejor la casa y equiparse, algo más que de primera puesta. Aún ella tiene sus alhajas y buenas prendas de ropa, porque, eso sí, he salido algo vanidosa, y como hasta ahora no hay motivo para creer que venga familia, ya ve usted, no se pierde ocasión para que disfrutemos de cuando en cuando.

Medina, mientras Villegas hablaba, seguía mirándole fijamente, y alguna sombra pasaba por su imaginación:

—¿Y qué más?

—Sólo hay un lado malo; con estos acontecimientos que dicen de la política, y luego con las prevenciones por si los socialistas hacen ó no hacen, por ahora, ó para Mayo, según presumo, el coronel, además de la orden que tienen para pernoctar en el cuartel los señores oficiales de semana y otros, ha dispuesto terminantemente que la banda no tenga sus dos clases fuera, y tenemos que alternar el sargento Cancelo y yo, por semanas, para pernoctar también desde el toque de retreta á la revista de policía.

—Y eso, ¿hace mucho tiempo?

—¡Toma!... Hace casi un mes; sin duda como usted apenas ha ido por el cuartel, no se ha enterado.

—¡Así es! murmuró Medina distraídamente.

—Pues si usted no manda otra cosa, me retiro, porque son cerca de las ocho y deseo dar una vuelta por la casa antes de la retreta: estoy de semana, aunque por fortuna, es sábado y último día.

—Nada; puedes ir cuando quieras.

—Deseo que siga usted mejorando; y si por ahora no sale, ya procuraré venir.

—Bueno; anda con Dios.

Diez días más tarde, Medina se hallaba completamente restablecido y autorizado por el médico del regimiento para poder salir á todas horas, salvo el tomar de noche alguna precaución de abrigo.

Había entrado el mes de Marzo; una tarde hallóse Medina, al regresar á su casa, con una esquila en la que un muy su amigo y compañero de promoción, primer teniente del regimiento de Lepanto, le hacía saber que, recién incorporado, acababa de averiguar aquel mismo día su residencia en Madrid, y le invitaba para acompañarle en la guardia de prevención del cuartel del Rosario, tomar café, y echar una parrafada, todo para no aburrirse.

Medina cenó más temprano, deseoso de acudir á la cita y dar un abrazo al antiguo compañero. La noche se presentaba algo fría, y lo más conveniente era vestir al descuido y sin trabas; optó, pues, por el traje de paisano, encasquetándose un hongo y envolviéndose en la capa.

Una vez en el cuartel del Rosario, animado por los efectos del café, copa de buen ron, y no menos buen cigarro habano, recordando los felices tiempos de colegio y diabluras caudales, vió transcurrir las horas hasta sonar las doce.

Embozado en su capa hasta los ojos, seguía Medina calle del Rosario arriba para desembocar en la plaza de San Francisco, ambas desiertas en aquella hora. Al llegar á la esquina de las Prisiones militares, por un movimiento maquinal, llevó la vista hacia la embocadura de la del Ángel. Instantáneamente se detuvo.

Conocía perfectamente el lugar hacia donde se hallaba situada la tiendecilla de Juan Villegas.

Acababa de ver entreabrírse la puerta, un destello tenue de luz y dos figuras; una hacia el interior, que por la silueta dejaba adivinar ser una mujer; otra en la parte exterior, alta, erguida, la de un hombre, vestido de paisano y envuelto en un largo gabán.

Medina se recogió hacia la embocadura de la calle del Rosario, del lado donde la fachada del inmenso edificio de San Francisco proyectaba alguna sombra, subiéndolo al mismo tiempo el embozo.



ISLA DE CUBA

ARCO ERIGIDO POR LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO DE CUBA, EN HONOR DEL EXCMO. SR. D. EMILIO CALLEJA, CAPITÁN GENERAL DE LA ISLA

hasta hace dos ó tres días, y eso porque me llamó la atención no verle á usted por el cuartel.

—¡Ya me extrañaba el no verte á ti por acá! Y bien, ¿qué tal te va?

Villegas movió la cabeza.

—De todo hay. En el matrimonio... bien, porque parece que me quiere..., aunque yo creo que la quiero más. Algo alegre y de broma, pero que yo he procurado enseñar los dientes después de dos ó tres disgustos...

—¡Ah! objetó Medina mirándole fijamente: ¿de modo que te permites hacer el papel de celoso? Ya te lo dije, Juan, que era muy joven.

Villegas se sonrió al oír esta observación. Luego dijo:

—En los negocios, vamos marchando. Ella resultó planchadora, y aprovechando las horas que yo estoy en la casa, ha encontrado proporción de servir en este trabajo á dos ó tres señoras del regimiento, por mediación de la primera con quien tuvo trato, que es la del teniente A...